

15th St. Jerome Translation Contest

2020 EDITION

Spanish
First prize

Anna Ferrando Tena

Tina Turner está *living* la vida

Durante 50 años fue el símbolo del vigor del *rock 'n' roll*. Su versión de «Proud Mary» era un 175 % más larga que la original, y eso que John Fogerty ni siquiera bailaba. Se convirtió en una estrella con Ike Turner cuando tenía unos 20 años, escapó de sus abusos sobre los 30, conquistó las listas de éxitos alrededor de los 40, fue de gira por todo el mundo a partir de los 60 y ahora quiere dormir hasta tarde.

Por eso llegué a las 2. Erwin Bach, el encantador marido alemán de Turner, me recogió en su todoterreno y me llevó a su casa, que se llama el Chateau Algonquin, ¿acaso creían que la casa de Tina Turner no tendría nombre? Desprende el halo de un palacio de dibujos animados: con hiedra serpenteando por las paredes, jardineros podando los arbustos, una escultura a tamaño real de un caballo a dos patas suspendida de un techo abovedado, una representación enmarcada de Turner como una reina egipcia, una habitación abarrotada de sofás dorados de estilo Luis XIV y, repantigada sobre uno de ellos, la mismísima Tina Turner.

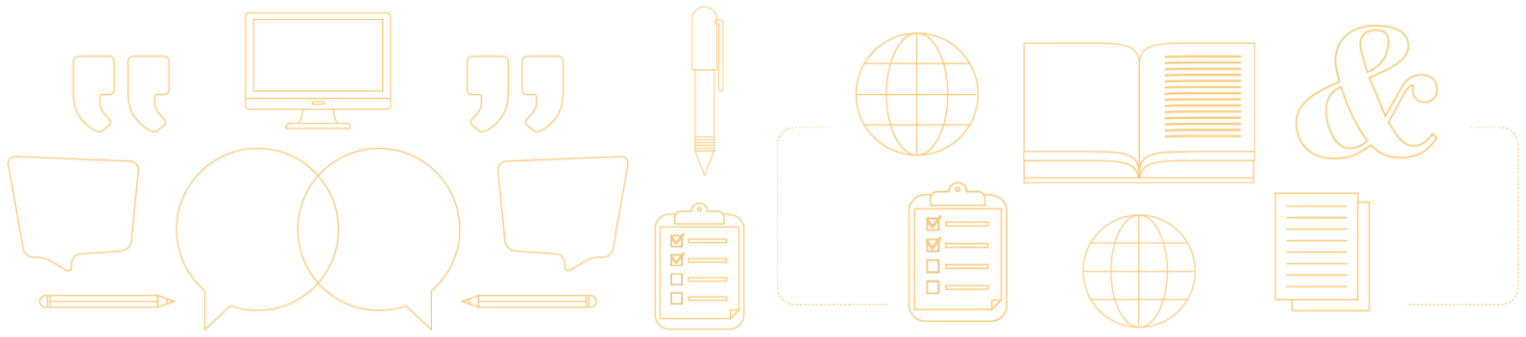
Turner tiene 79 años. Lleva diez años retirada y sigue disfrutando de no tener que hacer nada. «No canto. No bailo. No me arreglo», comenta. Incluso su peluca, «un elemento fundamental del *look* Tina Turner», como escribió en sus memorias recientes, está más relajada: su anterior forma erguida se ha transformado en una pelambarrera alocada. Su voz todavía conserva su atractivo, aunque ahora se utiliza para otros fines. Cuando llama a su marido adopta un rico acento continental y cuando se burla de él adquiere un tono bajo, trémulo y áspero, que «no parece la voz de una mujer», como ella misma la describe.

No echa de menos actuar.

[...]

No obstante, a veces, cuando va en coche con la radio encendida y Bach tararea cortésmente a su lado, les da a las canciones un tratamiento completo «Tina Turner», botando en su asiento y ronroneando para su único espectador. Hay una canción a la que no puede resistirse. «Oh, ¿cómo se llama?», pregunta a su marido, que da vueltas en la habitación de al lado. «¿Cariño? ¿Cómo se llama?». Y luego canta: «*I want something just liiiike this*».

Bach exclama: «¡Es de Coldplay!».



«Coldplay», repite Turner. «¿Sabes lo que me gusta?». Comienza a entusiasmarse al hablar del encanto contraintuitivo de la voz de Chris Martin. «No tiene una de esas voces negras tan buenas, como las de Motown...».

«¡La canción se llama “Coldplay with the Chainsmokers”!», señala Bach.

«¡No importa!», exclama ella, como si hubiera invocado sus plenos poderes vocales para desterrar de la faz de la tierra la idea de lo que quiera que sea un *Chainsmoker*. Me lanza una mirada pícaro. «Es Coldplay», apunta.

[...]

La pareja se mudó a Suiza en 1995. Tras una vida caótica, a Turner le gusta que en el país reine el orden. Aquí todo funciona según las normas. No habla alemán, lo cual, en realidad, prefiere, ya que así no se espera que diga mucho. Si alguien cuenta algo gracioso, simplemente le pide a su marido que se lo traduzca.

En un día normal, se levanta; su mayordomo, Didier, un gigantesco suizo con un polo chillón abotonado hasta el tímido rostro, le prepara unas gachas de avena; y se va de compras.

El Algonquin está repleto de tesoros: un par de llaves como de castillo («Quería uno hasta que vi lo grandes que eran», explica); trozos de una enorme amatista dispuestos alrededor de la piscina («Fue un regalo»); fotografías enmarcadas de sarcófagos de la antigua realeza egipcia (siente que perteneció a ella en una vida anterior; Didier también estaba allí); un ídolo precolombino que empuña una espada y que adquirió justo antes de dejar para siempre los Estados Unidos («Me gustaba en aquella época»). No hay nada guardado. Dice que ahora que puede permitírselo, quiere verlo todo.

<https://www.nytimes.com/2019/09/09/theater/tina-turner-musical.html>